

ZAMORA VICENTE, Alonso, *Recuerdos filológicos y literarios*, selección de Mario Pedrazuela, Cáceres, UNEX, 2010.

El presente volumen reúne unos treinta escritos buena parte de ellos breves, que consisten en ser semblanzas de filólogos y de escritores, más otros de evocación de circunstancias, y -en fin- algunos en torno a la «Historia de mis libros» del propio autor; varios de ellos se encontraban recogidos ya en otros volúmenes misceláneos de don Alonso.

Nuestro autor tuvo una doble vocación: la de escritor y la de filólogo; buena parte de su obra filológica la tenía hecha ya -digamos- a sus cincuenta años, y en la bastante vida que por fortuna aún tuvo intensificó acaso su tarea de escritor; nosotros no conocemos sino como simples lectores esta faceta suya, por lo que no vamos a decir nada de ella, salvo una cosa: la voluntad de estilo al escribir fue tan decidida, que algún texto suyo de estudio literario resultó en realidad un texto de creación literaria; recordamos en este sentido un par de escritos sobre Galdós en los que don Benito resulta casi un mero pretexto para redactar páginas algunos de cuyos párrafos están bien logrados y son auténticos fragmentos de poemas en prosa.

La labor filológica del madrileño estuvo vinculada a quien fue su profesor, mentor y amigo don Tomás Navarro Tomás, es decir, tuvo un importante componente fonético, lo que le llevó derechamente a lo dialectal, y en este sentido -y además de distintas calas monográficas en torno a asuntos dialectales- fue autor de una *Dialectología española* que él editó en 1960 y luego -con retoques- en 1967, la cual constituye una obra que creemos vigente y de gran utilidad.

Sigue a Menéndez Pidal cuando trata del llamado «mozárabe»; a Manuel Alvar al ocuparse del aragonés; etc.; y por igual

tiene en cuenta indagaciones propias o hechas en colaboración con M^a Josefa Canelada. Es de lamentar que con cuatro décadas de vida aún por delante el autor no se decidiese a reelaborar su libro, que tiene un perfil en buena parte neogramático tradicional, y con no mucha presencia de la fonología, etc.

En la contracubierta de estos *Recuerdos filológicos y literarios* se nos subraya cómo «Alonso Zamora Vicente fue uno de los últimos componentes de la escuela filológica de Ramón Menéndez Pidal, pero también fue un escritor que perteneció a la llamada generación del cincuenta». Creemos que esto no es exactamente así, y vamos a exponerlo.

1) Zamora nace en 1916, o sea, entre 1906 y 1920, que es la zona de fechas de nacimiento de una generación intelectual y literaria española a la que han pertenecido Francisco Ayala; Jaume Vicens Vives; Rafael Lapesa; Julio Caro Baroja; Camilo José Cela; Emilio Orozco Díaz; José María Jover Zamora; José Ferrater Mora; etc. Se trata de la conocida como generación de 1936 o «generación del 36», que estimamos fundamental en la trayectoria de las ciencias humanas en España. Las gentes del medio siglo son más jóvenes.

Zamora por tanto es otro de los filólogos de la generación del 36, al igual que Lapesa: la generación llamada del 50 es la de quienes nacieron entre 1921 y 1935: Emilio Alarcos, Fernando Lázaro, ...

2) Hay algunos profesores vinculados en vida a don Alonso que lo tienen efectivamente por miembro de la escuela pidalina del «Centro de Estudios Históricos» de la «Junta» para Ampliación de Estudios»; alguno incluso nos ha hecho una repetida llamada de atención acerca de nuestro supuesto olvido de él cuando hemos tratado -a lo largo de muchos años- de uno u otro aspecto de tal escuela.

Nuestra postura –que creemos se ajusta estrictamente a los hechos– es la de que don Alonso fue alumno de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid en los años de la Segunda República, y fue alumno por tanto de sus profesores, pero que por tener edad tan joven no llegó a incorporarse a ese «Centro de Estudios Históricos». Lo prueban estos hechos concordantes:

a) Zamora no fue licenciado hasta después de la guerra civil; en los años del Centro era todavía estudiante.

b) Su nombre no aparece nunca en la documentación de la JAE ni del CEH, según ha comprobado independientemente de nosotros M. Pedrazuela.

c) Rafael Lapesa no alude a su pertenencia al Centro cuando contesta a Zamora en su ingreso en la Real Academia Española, ni lo nombra en dos folios de los tiempos últimos (de hacia el año 36) que se conservan, y en los que hace inventario del capital humano con que contaba ese CEH; tales folios se hallan reproducidos en un catálogo de exposición, y todo el mundo puede consultarlos. Tampoco lo nombra en su conocido y decisivo escrito sobre Menéndez Pidal en tanto creador de escuela.

La corta edad de nuestro autor, que no había alcanzado aún la licenciatura; el silencio de la documentación; más el silencio reiterado de testigo tan cualificado como Lapesa, nos lleva a la conclusión historiográfica imparcial de que don Alonso fue alumno de los maestros del Centro, pero no en él, sino en la Facultad.

En aquellos tiempos el número de alumnos era muy pequeño, y el joven Alonso y sus condiscípulos pisaban el edificio de Medinaceli, 4, pero no por ese contacto superficial puede decirse que se integraron con Navarro, A. Castro, Gili, Fernández Ramírez, Tovar, etc., en la es-

cuela pidalina. Nosotros mismos hemos llegado a alcanzar esos tiempos en que un catedrático llevaba a casa a sus alumnos, y así lo hacía amablemente Manuel Alvar con nosotros en Granada (1968).

Bastantes de las páginas de este libro del que damos noticia se hallan escritas en tono intimista, casi literario, más que de una manera técnica; en este sentido nos permitimos señalar que por ej. de su texto sobre Amado Alonso se hubiera podido esperar más.

La obra de don Alonso estuvo dedicada a Dialectología (queda dicho), a hacer una Historia de la Real Academia Española, y a los estudios literarios; en este sentido su obra crítica más lograda es la que le sirvió de discurso de ingreso en la RAE, la dedicada a «Luces de bohemia», un trabajo ciertamente notorio; Américo Castro lo tenía por el mejor estudio de don Alonso. Tampoco debe olvidarse al Alonso Zamora editor excelente de Lope de Vega.

El presente volumen resulta útil porque nos da la ocasión de tener en un cómodo alcance sucesivas páginas de quien las escribió. M. Pedrazuela subraya cómo Zamora perteneció a la España republicana; ello es así, pero como ha escrito muy recientemente Manuel Seco de una manera justa, no fue don Alonso el que más resultó obstaculizado y perseguido por el franquismo: de hecho obtuvo la cátedra universitaria muy tempranamente, en torno a los veintiséis años de edad, antes que el propio Rafael Lapesa o Jaume Vicens Vives, que eran mayores y aún hubieron de aguardar.

Los estudios dialectales de Alonso Zamora Vicente son enteramente útiles; sus escritos alcanzan en ocasiones valor poemático; distintas páginas suyas de crítica literaria son muy agudas –a las mencionadas sobre Valle añádanse por ej. una sobre el Modernismo en el volumen co-

lectivo *El comentario de textos* (Castalia, I); sus ediciones lopeveguescas de calidad.

Quede manifiesta aquí nuestra estimación personal y profesional a este desaparecido estudioso y escritor de bellezas.

FRANCISCO ABAD